

Los mensajes del portentoso Popol Vuh

MIGUEL LEÓN-PORTILLA

La antigua palabra (*’oher tzih*) y asimismo un libro que existió hace mucho tiempo (*q’o nabe vuhil*) hicieron posible el rescate. Probablemente fueron varios los sabios quichés, conocedores de la palabra de los ancianos y de las pinturas y signos en los papeles de amate, los que con amor y esmero consumaron su transvase a escritura alfabética. Insisten ellos con frecuencia en que de allí proviene lo que están narrando. “Lo vamos a salvar”, nos dicen. Las antiguas palabras, pinturas y signos eran como un cristal en el que todo quedó reflejado: “grande era su relato, su descripción”.

El escrito que así nació, derivó su nombre del que tenía el antiguo libro. Este pertenecía a los señores, los que están en la estera y el sitial. Ellos lo llamaban libro de los que allí se hallan, “los del Consejo”, que esto significa *Popol Vuh*.

En ese libro, al igual que en la antigua palabra, convergían tradiciones de varios orígenes. Unas eran propias de los quichés de Guatemala, otras estaban compartidas con la mayoría de los pueblos mayas. Y había allí también testimonios provenientes del centro de México. Numerosos nahuatlismos, incluidos en el libro escrito ya con el alfabeto, dan fe de ello. Y también lo corrobora la memoria de los quichés que habían ido a recibir los símbolos de la autoridad del señor Nácxit, Quetzalcóatl, entre ellos un libro: “los escritos de Tula, los escritos” (*Uitzibal Tulan, u’tzibal*).

Así, en este *Popol Vuh*, rescatado como se ha descrito, se conservan historias, cantos y palabras de honda sabiduría que pertenecen, en suma, a la herencia cultural de Mesoamérica. Versan sobre los dioses primordiales, los orígenes del mundo y los vivientes, los enfrentamientos entre seres sobrenaturales y el triunfo del Bien sobre el Mal; la formación del hombre hecho de maíz y los comienzos de la nación quiché y de otros muchos pueblos, algunos de nombre náhuatl; sus invocaciones, su peregrinar; la sucesión de sus linajes hasta que apareció el *Dunadiú* (el Sol), es decir Pedro de Alvarado. Entonces llegó a su término la antigua manera de existir: Hubo que obedecer y pagar tributos a los *Castillan vinaq*, las gentes de Castilla.

El libro portador de todo esto, escrito ya con el alfabeto hacia mediados del siglo XVI, o fue de intento ocultado o, por razones que desconocemos, se conservó sin que los misioneros se enteraran de su existencia. Tan sólo entre 1701 y 1703 el dominico fray Francisco Ximénez lo descubrió en su parroquia de Chichicastenango. Conocedor del quiché, lengua de la que había compuesto una gramática, copió y tradujo al castellano el dicho *Popol Vuh*, dándole el siguiente título: *Empiezan las historias del origen de los indios de esta provincia de Guatemala, traducido de la lengua quiché en la castellana para más comodidad de los ministros del Santo Evangelio...*

El manuscrito original, obra de los sabios indígenas, algún tiempo después desapareció. En cambio, la copia y traducción del padre Ximénez se



La creación de los montes.

conservó en el convento de Santo Domingo de Guatemala hasta que, al suprimirse las comunidades religiosas en 1829, pasó con otros libros, a la Biblioteca de la Universidad de San Carlos. Como si un destino adverso se cerniera sobre el *Popol Vuh*, la transcripción del dominico también se perdió. Sobrevivieron al menos tres copias del mismo. Una proviene del mismo siglo XVIII y fue propiedad de Ignacio Coloche, indígena del pueblo de Rabinal. Las otras dos, dispuestas por Juan de Gavarrete a mediados del XIX, se basaron en el manuscrito que se conservaba en la Biblioteca de la Universidad.

Una de estas transcripciones sirvió al alemán Carl Scherzer quien por vez primera, en 1857, publicó este libro con versión al castellano. A su vez, el andariego abate francés Charles Etienne Brasseur de Bourbourg, adquirió de Coloche la antigua copia que tenía en Rabinal. Con base en ella sacó a la luz en París, 1861, su edición del *Popol Vuh* con traducción al francés.

Tras pasar por varias manos el manuscrito de Rabinal, fue adquirido finalmente por Edward A. Ayer que lo donó a la Biblioteca Newberry de Chicago. Como irónicamente lo ha notado uno de los más recientes editores del *Popol Vuh*, Dennis Tedlock (1993), el manuscrito de Rabinal "no se encuentra en Mesoamérica pero [La ciudad donde se halla] sí tiene un nombre indígena: Chicago quiere decir "Lugar de las cebollas silvestres".

Acrecentada riqueza

Muchas son las ediciones que se han hecho del *Popol Vuh* en numerosas lenguas, entre ellas español, inglés, alemán, francés, italiano, japonés y ruso.

También existen múltiples estudios acerca de él, incluyendo algunos de enfoque crítico sobre su origen y autenticidad como testimonio mesoamericano.

Ahora bien, en el conjunto de las ediciones que del *Popol Vuh* han visto la luz, hay una que incluyó estupendas reproducciones de las acuarelas que pintó Diego Rivera hacia 1931 sobre los grandes temas que en él se tratan. Con vivos colores y trazo de mano maestra que recrea la vida, las acuarelas nos muestran a dioses y hombres en el portentoso universo de la que se ha llamado primerísima Biblia americana. Ciertamente que Diego cual si fuera un *ah dz'ib*, pintor y escribano maya, dejó en esas imágenes el testimonio de su emoción y pensamiento ante el mundo indígena y en estrecha comunión con el libro sagrado.

Las acuarelas se conservan unas en la Casa Museo que ostenta su nombre en Guanajuato. Fue en una edición japonesa del *Popol Vuh* donde por vez primera se reprodujeron en 1961. Se debió ella a Eikichi Hayashiya, humanista y conocedor profundo de nuestra lengua y cultura. Bien valoró él la importancia de volver asequible este texto mesoamericano a sus compatriotas, enriqueciéndolo con las pinturas del genial Diego Rivera.

Sus acuarelas se reintegran al fin a una edición en castellano del Libro del Consejo. Podemos afirmar que en verdad el legado se acrecienta. Como en los antiguos códices de Mesoamérica -diríamos que como en "el libro original" del *Popol Vuh*- las pinturas de Diego son portadoras de aliento y mensaje.

La adoración de los dioses por los hombres.



Los relatos y los mensajes

Podría citar aquí buen número de obras en las que, desde diversas perspectivas, se ha tratado de elucidar el contenido del *Popol Vuh*. Sin pretender emularlas, sólo intentaré poner de relieve cuáles son los grandes temas de la que es una historia divina y humana que abarca muchos siglos y aun milenios.

Da principio ella describiendo los atributos de la divinidad creadora, dual en su ser misterioso, y múltiple en sus rostros y actuaciones. Es Madre y Padre, *Alom*, que concibe y da a luz; *Q'aholom*, que engendra; es Corazón del Cielo, del Mar, del Lago y del Monte, Rayo, Relámpago y Huracán, Serpiente de plumas de Quetzal, Mellizo precioso, Dador, en fin, de la vida. A Ella-El se debieron las cuatro creaciones, la medida de los cuatro ángulos, rincones del cielo y la tierra. Por su virtud y su fuerza aparecieron la tierra, las montañas, los mares y todo cuanto existe. Surgieron luego los árboles y plantas, las aves, peces, cuadrúpedos y toda suerte de animales.

Y también por su virtud y su fuerza, se formaron luego las deficientes especies de hombres que nos precedieron, los hechos de madera y los de barro, los que no pudieron implorar a los dioses.

Muchos ciclos de años más tarde, después de que otros seres también portentosos actuaron, enfrentándose varias veces en luchas y competencias que conmovieron al mundo, Nuestra Madre, Nuestro Padre habrían de formar a los que fueron ya antepasados nuestros: los hombres de maíz.

Mensaje acerca de la unidad cultural de Mesoamérica es el de la idea de la divinidad como ser dual, Nuestra Madre, Nuestro Padre, omnipresente en las creencias y prácticas no sólo de los mayas sino también de los pueblos de la región del Altiplano central, del área de Oaxaca y otras. La dualidad se manifiesta también de muchas formas en el *Popol Vuh*. Dios, visto no sólo como Padre sino asimismo como Madre, es ya en sí un mensaje, cuya significación hasta hoy perdura en la reinterpretación mesoamericana del cristianismo. En ella Tonantzin-Guadalupe es Nuestra Madre y Cristo, el del sacrificio de sangre, es Nuestro Padre.

Conlleva asimismo un mensaje el relato que habla de un mundo en evolución con una naturaleza a la vez acuática y terrestre, donde aparecen seres vivientes cada vez mejor dotados. Ello ocurre con las plantas y animales hasta llegar a los que podrían llamarse "homínidos". Los dioses, Nuestra Madre, Nuestro Padre, todo lo saben y todo lo pueden. Misteriosamente, sin embargo, tienen necesidad de que existan seres que los recuerden, los invoquen, les hagan ofrendas con qué sustentarse. En este su afán, dicen a las aves, cuadrúpedos y otros animales, que han creado: "¡Hablad, invocadnos, adoradnos!". Al ver que los animales sólo cacarean, grasnan o rugen, los condenan a vivir en los barrancos y los bosques.

Nueva especie de seres crean entonces: "de tierra, de lodo, los hicieron pero pronto constataron que asimismo esas creaturas tampoco los satisfacían: "eran blandas... al principio hablaban pero no tenían entendimien-

to". Los dioses dijeron: "bien se ve que no pueden andar, ni multiplicarse". Decidieron entonces deshacer esa su hechura. En contraposición con el relato de la *Biblia*, el *Popol Vuh* sostiene que nosotros, hombres y mujeres, no descendemos de creaturas formadas de barro. Tal aseveración confirma su origen indígena.

En otro intento forjaron los dioses a los hombres haciéndolos de madera. De ellos dice el *Popol Vuh* que "se parecían al hombre, hablaban como el hombre y poblaron la superficie de la tierra... pero no tenían entendimiento, no se acordaban de su Creador, su Formador; caminaban sin rumbo... Por ésto cayeron en desgracia... Fue sólo otro ensayo, otro intento".

Más que destruir los dioses a los hombres de madera, dejaron que los animales, en particular los perros y también los utensilios -los comales y ollas de estos pobres seres de palo- se rebelaran y dieran cuenta de ellos. Así acabaron, aunque algunos se transformaron en monos, esos que hay ahora en los montes. Los dioses hubieron de aguardar para intentar otro ensayo hasta que "se iluminaran la bóveda del cielo y la faz de la tierra".

En el universo de la divinidad se declaró entonces que debían aparecer por obra de los Progenitores los hombres verdaderos, los formados de la masa del maíz amarillo y blanco. Y de nuevo, al evocarse su formación como "por obra de encantamiento", se escuchara otro mensaje de significación perdurable. Antes, sin embargo, de prestarle oídos, importa valorar las complejas historias acerca de las confrontaciones entre aquellos seres más que humanos, seguidores unos del Bien y otros del Mal.)

*Los mensajeros de Xibalba
invitan a los jugadores del
juego de pelota.*



Enfrentamientos entre seres sobrenaturales

El primero en entrar en escena es Vucub-Kaquix, 7-Guacamaya, o sea el conocido con tal nombre tomado del calendario. Era él muy soberbio. Decía que iba a ser el Sol y la Luna para los hombres que habrían de existir; o sea los formados de maíz. Tal arrogancia disgustó mucho a los hijos de Ixpiyacoc, el Bisabuelo divino e Ixmucané, la Bisabuela divina, los integrantes de la Dualidad primordial. Sus hijos se llamaban, con nombres también tomados del calendario, Hun-Hunahpú, I-Cazador y Vucuh-Hunahpú, 7-Cazador.

Un día, el primero de éstos disparó su cerbatana contra el arrogante Vucub-Kaquix, 7-Guacamaya y, acertando, le desquició la quijada. Enseguida, auxiliado por dos ancianos que fingieron ser curanderos, los dos jóvenes hermanos fueron a la casa de Vucub-Kaquix. Allí le sacaron los dientes, lo cegaron y le dieron muerte. De este modo terminó la soberbia de 7-Guacamaya.

A éste sobrevivieron dos hijos igualmente arrogantes.

Uno se llamaba Cipacná, Cocodrilo monstruoso; el otro, Cabracán, que significa Terremoto. Tocó en suerte a los Cuatrocientos Muchachos -seres divinos, patronos de la bebida que embriaga y asimismo manifestación de las Semillas que brillan en el cielo (las Pléyades)-, hacer caer al arrogante Cipacná en una profunda hondonada. Tras echarle encima un gran madero, lo abandonaron para ir a celebrar su victoria. Pero Cipacná tomó venganza y los aplastó a todos.

Son entonces Hunahpú, Cazador e Ixbalanqué, Jaguar-Venado, hijos gemelos de I-Hunahpú, los que, enterados de lo ocurrido, castigan a Cipacná que al fin se convierte en una piedra. Y asimismo son ellos los que ponen fin a los desmanes y vanaglorias de Cabracán, es decir Terremoto. El, que alardeaba de destruir las montañas, terminó al fin enterrado. Pero esos hermanos gemelos no eran los únicos hijos de I-Hunahpú. Éste había engendrado antes en otra mujer a los llamados Hun-Batz, I-Mono y Hun-Chouén, I-Artesano, nombre que también significa en maya-yucateco I-Mono aullador. Los gemelos al verse agredidos por ellos, tuvieron que hacerles frente. Con su sabiduría se sobrepusieron a su odio y malas mañas. Los derrotaron, Hun-Batz y Hun-Chouén: "se volvieron monos porque se ensoberbecieron y maltrataron a sus hermanos".

Bellas son las páginas que dedica el *Popol Vuh* a la historia de Hunahpú, Cazador, e Ixbalanqué, Jaguar-Venado. Con entusiasmo los sabios quichés que lo pusieron por escrito, invitan a sus lectores u oyentes a un brindis: "bebamos -nos dicen- por éstos, y bebamos por el relato y la descripción de cómo fueron ellos engendrados". Su destino será vencer a los tenebrosos señores de Xibalbá, "Lugar del miedo", situado en el inframundo.

Primero actúan I-Cazador, el padre de los gemelos y, con él, su hermano 7-Cazador. Jugaban ellos a la pelota, cosa que disgustó a los señores de Xibalbá por el ruido que hacían y les llegaba hasta su oscura morada. Su enojo los llevó a retar a los ruidosos a otro juego de pelota, precisamente



Las mansiones de Xibalba.

en Xibalbá. Después de pasar muchas pruebas, los dos invitados llegan al lugar tenebroso. Allí no logran satisfacer una última exigencia de los que gobiernan en Xibalbá. El juego de pelota no se efectúa y, al día siguiente, son sacrificados.

Los señores de la oscuridad aparecen triunfantes, cual si los seguidores del Bien hubieran de quedar para siempre vencidos, a diferencia de lo ocurrido respecto del arrogante Vucub-Kaquix, 7-Guacamaya, y sus hijos. Pero un error de los del tenebroso Xibalbá, hizo posible lo inesperado. Colgaron ellos la calavera de uno de los vencidos, I-Cazador, en un árbol, a un lado del camino al inframundo.

La doncella, Ixquic, Mujer Sangre, se acercó un día al árbol. Allí la calavera le habló y, al ofrecerle un fruto del árbol, le lanzó un chorro de saliva. La doncella quedó preñada y de ella nacieron los hijos gemelos Hunahpú, Cazador, e Ixbalanqué, Jaguar-Venado. Éstos, al crecer, y a pesar de los sufrimientos que padecieron, agredidos entre otros, según vimos, por sus hermanos I-Mono y I-Artesano, lograrán lo que no alcanzaron su padre y su tío.

También ellos jugaban con frecuencia a la pelota. Y como había sucedido antes, perturbaron asimismo a los tenebrosos señores de Xibalbá. La consecuencia fue que tuvieron también que ir al inframundo para enfrentarse con los que allí vivían. Con refinada sagacidad van superando una tras otra, las diversas pruebas que les salen al paso. Finalmente, alcanzan lo que no fue concedido a su padre y su tío. En un primer juego de pelota vencieron a los de Xibalbá. Tras superar luego otras pruebas, volvieron a enfrentarse en el juego. Al no poder derrotar a los gemelos, los señores de la región tene-

brosa, los someten a pruebas cada vez más terribles. Hanahpú es entonces decapitado pero su hermano por obra de magia logra restituírle su cabeza. En un último juego de pelota, los de Xibalbá fueron vencidos.

En venganza decidieron dar muerte a los gemelos. Hacen que éstos se arrojen en la hoguera que los de Xibalbá les tenían preparada. Allí perecieron. Sus huesos calcinados fueron molidos y arrojados a un río. Pero, también por obra de magia, los gemelos volvieron a la vida.

Aparecieron entonces como danzantes y hacedores de prodigios. Así actuaron ante los de Xibalbá. En un momento Ixbalanqué hizo como que sacrificaba a su hermano: lo decapitó y le sacó el corazón. Enseguida lo hizo volver a la vida. Los dos principales señores de Xibalbá, entusiasmados, aceptan participar en el prodigio. Esta vez Ixbalanqué los sacrificó pero no les devolvió la vida. La victoria fue definitiva. Los de la región de la muerte quedaron obligados a comportarse mejor en el futuro, es decir cuando fueron hechos los hombres de maíz.

El largo relato acerca de los gemelos concluye con la transformación de éstos en el Sol y la Luna. Tuvieron entonces como compañeros a los Cuatrocientos Muchachos, a los que había dado muerte Cipacná. Estos se convirtieron en las estrellas del cielo.

La formación de los hombres de maíz

Los sabios que pusieron en escritura alfabética el antiguo libro sagrado retoman ahora el hilo de las varias “creaciones” del mundo y los seres humanos. Recuerdan cómo reunidos los Progenitores, los Formadores, celebraron consejo. Con la masa de mazorcas blancas y también amarillas hicieron entonces la carne, el ser todo de “nuestros padres, los cuatro primeros”.

Dotados estuvieron ellos de gran inteligencia. Todo lo comprendían con sólo verlo. Esto preocupó a los Progenitores, los Formadores. Dijeron: “¿Han de ser ellos también dioses?”. El Corazón del Cielo echó entonces un vaho sobre los ojos de aquellos cuatro hombres. Quedaron empañados sus ojos. Sólo pudieron ya ver lo que estaba cerca. “Así fue destruida su sabiduría”.

En esos cuatro primeros hombres estuvo el origen de los quichés. Pronto se les dieron sus mujeres. Así pudieron engendrar no sólo a los quichés sino a otros muchos “allá en el oriente, donde se multiplicaron”. El texto es muy explícito: “eran hombres de muchas lenguas, que causaba admiración oírlos”.

Pero esas variadas gentes, cuyos ojos quedaron empañados por el vaho que les arrojaron los Progenitores, los Formadores, estuvieron entristecidos largo tiempo: “sus corazones estaban cansados de esperar el Sol”.

Dos mensajes nos ofrece aquí el *Popol Vuh*. Uno es acerca de lo que es el existir humano en la Tierra. Muchas veces ha pensado el hombre -como lo hace ver la Biblia judía- en un paraíso perdido. Aquí fue la sabiduría la que quedó empañada. Pero el hombre, aunque se da cuenta de esto y sufre, espera siempre la aparición del Sol.



La custodia de la milpa.

El otro mensaje es muy diferente. El libro sagrado de los quichés nos dice que quienes así vivían supieron acerca de la existencia de una ciudad portentosa, la que se llamaba Tulan. Hacia allí se dirigieron. Todos allí se encontraron. En ese lugar, al que más tarde los quichés habrían de volver, hallaron aquello que, a pesar de diferencias, les confería una misma orientación, su raíz en la cultura, la que hoy llamamos unidad primordial de Mesoamérica.

Linajes e historia de los quichés

Tuvieron los quichés un dios protector, de nombre Tohil. De él aprendieron cómo encender el fuego. Esto ocurrió antes de que el Sol se manifestara esplendente a sus ojos. Así dió principio la verdadera historia de los seres humanos.

Los quichés se vieron atacados por otros grupos pero salieron victoriosos. Los cuatro primeros quichés no murieron, simplemente se fueron. Pero antes de marcharse quisieron dejar su mensaje y consejos. Lo que expresaron en forma de cantos se asemeja a lo que se escucha en algunos *huehuehltlatolli*, testimonios de la antigua palabra en náhuatl. Entre otras cosas dijeron: "Hijos nuestros, nosotros nos vamos, nosotros regresamos. Sanas recomendaciones y sabios consejos os dejamos [...]. Vamos a emprender el regreso, hemos cumplido nuestra misión [...]. Pensad pues en nosotros, no nos borreís de la memoria, no nos olvidéis. Volveréis a vuestros hogares [...]. Continúad vuestro camino...".

Los de una generación posterior marcharon entonces en pos de la gran Tulan. Encontraron allí al señor Nácxit o sea Quetzalcóatl. De él -como ya lo recordamos, recibieron las insignias del mando y la nobleza y también "los escritos de Tulan, los escritos". Además, según los sabios que pusieron en escritura alfabética su libro sagrado, no sólo habían recibido sus antepasados las insignias y los libros de Tulan, sino que su dios protector Tohil se identificaba con la deidad adorada en esa antigua metrópoli: "Porque, en verdad -así lo declaran- Tohil es el mismo dios de los yaquis [así nombran a las gentes del centro de México], el que se llama Yólcuat-Quetzalcóatl".

El peregrinar de los quichés, como la marcha de los gemelos a Xibalbá, los obligó a pasar por grandes pruebas y sufrimientos pero asimismo, al final, les aportó victoria y grandeza. En el *Popol Vuh* se continúa el relato acerca de lo que aconteció en el correr de los años a las siguientes generaciones de los quichés siempre en busca de la tierra donde habían de establecerse. La recordación se asemeja a otras, también de gentes mesoamericanas, que consignaron en sus códices y relatos la memoria de sus peregrinarios.

Al fin se acercaron a donde habrían ya de tener asentamiento perdurable: "Vinieron aquí a la ciudad de Gumarcaah, nombre que le dieron los quichés". En náhuatl se conoció como Utatlán, ésta que fue la capital quiché. De ella escribieron, entre otros, Pedro de Alvarado, que la habría de sojuzgar. Fray Bartolomé de las Casas, a pesar de que la conoció después de sometida, ponderó la grandeza de lo que aún quedaba: "maravillosos edificios de cal y canto, de los cuales yo vide muchos".

El sacrificio y autosacrificio humano ante el dios Tohil



Allí gobernó, en la quinta generación, un “señor prodigioso”, el llamado Gucumatz -traducción al quiché de la palabra Quetzalcóatl- nuevo testimonio de la significación mesoamericana de esta historia. “Este fue el principio de la grandeza del Quiché, cuando el señor Gucumatz dio estas muestras de su poder. No se perdió su imagen en la memoria de sus hijos y sus nietos”.

Recordar esto llevó a los sabios que transcribían el libro sagrado a reflexionar una vez más sobre la significación del mismo. Gucumatz y los que lo siguieron hacían prodigios, nos dicen, porque “sabían si se haría la guerra y todo era claro ante sus ojos; veían si habría mortandad o hambre. Sabían bien que había donde podían verlo, que existía un libro llamado por ellos *Popol Vuh*.” En él, descifrando los destinos que hacían llegar los dioses a través de las cuentas de los días, podía encontrarse una compensación a la pérdida de esa mirada original que quedó empañada por el vaho que fue arrojado sobre ella.

También se conservaban en ese libro plegarias, cantos y discursos de los sabios. Varios transcribe el *Popol Vuh*, bellos y profundos. En verdad tenemos en él, además de los relatos sobre el mágico universo donde se desarrolla una historia en la que interactúan dioses y hombres, otros textos que son en sí mismos muestras de la expresión sagrada y poética de los antiguos quichés de Guatemala.

Linajes, tributos y conquistas

La relación de los linajes de los señores que ejercieron el poder en la metrópoli de Cumarcaah, hasta el tiempo en que aparecieron los hombres de Castilla, ocupa la parte final del libro. Es este un relato épico y lo es también cuanto allí se dice acerca de las guerras que emprendieron los quichés. Conquistaron los campos y ciudades; los pueblos pequeños y los grandes pagaron cuantiosos rescates, trajeron piedras preciosas, metales, trajeron miel de abejas, pulseras de esmeraldas y otras piedras.